

La cúpula era una forma aplastada y extraña que no armonizaba con las nieblas purpúreas de Júpiter, una estructura que parecía encogerse, asustada, en el planeta macizo.

La criatura que había sido Kent Fowler se detuvo, tiesamente.

Un objeto extraño, pensó. Porque pasé tanto tiempo lejos de los hombres. Pero no es nada extraño. Es el lugar en que he soñado, proyectado, vivido. Es el lugar de donde salí, con miedo. Y el lugar al que vuelvo, forzado, y con miedo.

Forzado por los recuerdos de los que eran como yo, antes que yo fuera lo que soy, antes que conociese la intensidad de la vida, y la armonía y el placer posibles si uno no es un ser humano.

Towser se agitó junto a él, y Fowler sintió el cariño del que otrora había sido un perro, el cariño expresado, y la camaradería y el amor que habían sentido siempre, quizá, pero no habían conocido cuando eran perro y hombre.

Los pensamientos del perro entraron en el cerebro de Fowler.

- No puedes hacerlo, compañero - dijo Towser.

La respuesta de Fowler fue casi un gemido.

- Pero tengo que hacerlo, Towser. Para eso salí de aquí. Para descubrir cómo es Júpiter realmente. Y ahora ya lo sé, ahora puedo decirlo.

Pudiste haberlo hecho hace mucho, dijo una voz dentro de Fowler, una voz humana, que venía de lejos, y que trataba de invadir su ser Joviano. Pero eras un cobarde, y no lo hiciste. No lo hiciste. Escapaste porque temías volver. Temías volver, y ser otra vez un hombre.

- Me sentiré muy solo - dijo Towser. Pero no lo dijo de veras. Por lo menos no había palabras. Se trataba más bien de una sensación de soledad, un llanto de despedida. Como si, por un instante, Fowler hubiese entrado en la mente del perro.

Fowler guardaba silencio, mientras la repulsión crecía en él. Repulsión ante la idea de ser transformado otra vez en un hombre, en eso tan inadecuado que eran la mente y el cuerpo humanos.

- Te he acompañado hasta aquí - dijo Towser -, pero no lo soporto más. Prefiero morir antes que volver. Yo ya estaba casi acabado, recuérdalo. Era un viejo comido por las pulgas. Tenía los dientes estropeados y mis digestiones eran atroces. Y me consumían las pesadillas. Cuando era cachorro yo solía cazar conejos, pero últimamente los conejos me cazaban a mí.

- Espérame - dijo Fowler -. Volveré.

Si por lo menos logro que entiendan, pensó. Si por lo menos logro eso. Si logro explicarlo.

Alzó la maciza cabeza y miró las cimas de las montañas envueltas en la niebla rosada y purpúrea. Un relámpago serpenteó en el cielo, y las nubes y vapores se encendieron en un fuego estático.

Fowler se adelantó lentamente, con repugnancia. Un vaho de aroma bajó con la brisa, y Fowler bañó su cuerpo en él. Y sin embargo aquello no era un aroma, pero no había otra palabra con qué designarlo. En los años venideros la raza humana desarrollaría una nueva terminología.

Cómo podía uno, se preguntó, explicar aquellas nieblas que flotaban sobre la tierra y aquel delicioso aroma. Entenderían otras cosas. El hecho de que no tuviesen que comer, ni dormir, de que la gama de neurosis depresivas que parecían alimentar al hombre hubiesen terminado para siempre. Comprenderían estas cosas que podían explicarse con términos muy simples, con el vocabulario común. ¿Pero qué ocurriría con las otras cosas, los factores que exigían un lenguaje nuevo? Emociones que el hombre no había conocido nunca. Capacidades que no había soñado. La claridad mental, y la comprensión; la posibilidad de utilizar todo el cerebro. Cosas que uno conocía y podía hacer instintivamente, y que los hombres ignoraban pues sus cuerpos carecían de muchos sentidos.

- Las escribiré - se dijo a sí mismo -. Lo pensaré y las escribiré.

Pero la palabra escrita, reflexionó, era una pobre herramienta.

El lente de un televisor surgió de la cúpula, y Fowler se adelantó, vacilante. Unos hilos de niebla condensada corrían por el lente. Fowler se enderezó para mirar directamente el cristal.

No es que pudiese ver algo, pero los hombres de la cúpula lo verían a él. Los hombres que se pasaban las horas mirando, los ojos clavados en la brutalidad de Júpiter, las ráfagas rugientes y las llamas de amoníaco, las nubes de metano mortal que cruzaban el cielo. Pues así veían los hombres a Júpiter.

Alzó una pata y escribió rápidamente en la humedad del lente: con letras invertidas.

Tenían que saber quién era, para que no se cometiesen errores. Tenían que saber cómo usar las coordenadas. De otro modo le darían un cuerpo equivocado, utilizando una matriz equivocada, y se convertiría en algún otro: el joven Allen, por ejemplo, o Smith, o Pelletier. Y eso podía ser fatal.

La lluvia de amoníaco corrió sobre el lente emborronando el nombre, y lo hizo desaparecer. Fowler volvió a escribir.

Entenderían. Sabrían que uno de los hombres transformados en Jovianos había regresado.

Dio media vuelta enfrentándose con la puerta que conducía a la cámara de conversión. La puerta se movió lentamente, abriéndose hacia afuera.

- Adiós, Towser - dijo Fowler, suavemente.

Un grito de advertencia le resonó en el cerebro:

- No es demasiado tarde. No estás adentro todavía. Puedes cambiar de idea. Aún puedes volverte y escapar.

Siguió adelante, decidido, apretando mentalmente los dientes. Sintió el piso de metal bajo sus pies, sintió que la puerta se cerraba a sus espaldas. Percibió un último pensamiento fragmentario de Towser, y luego no hubo más que oscuridad.

La cámara de conversión se encontraba ante él, y Fowler subió por la rampa.

Un hombre y un perro, pensó, habían salido de allí, y ahora un hombre volvía.

La conferencia de prensa había llegado a buen término. Había cosas satisfactorias que informar.

Sí, Tyler Webster les dijo a los periodistas, las dificultades en Venus se han solucionado. Bastó con que las partes se decidiesen a hablar. Los experimentos biológicos en los fríos laboratorios de Plutón progresaban. La expedición a Centauri saldría muy pronto tal como se había convenido, Y a pesar de los rumores. La comisión de comercio lanzaría nuevas normas monetarias para varios productos, anulando unas pocas diferencias.

Nada sensacional. Nada para grandes titulares. Nada.

- Y John Culver me pidió - dijo Webster - que les recuerde, caballeros, que hoy se celebra el ciento veinticinco aniversario del último crimen cometido en el sistema solar. Ciento veinticinco años sin una muerte violenta y premeditada.

Se inclinó en la silla y sonrió mostrando los dientes, ocultando sus temores, pues sabía que la pregunta no tardaría en llegar.

Pero todavía no estaban preparados para hacer preguntas. Lo observaban. Y Webster estaba acostumbrado a que lo observaran. Agradablemente acostumbrado.

El corpulento Stephen Andrews, jefe de prensa de Noticias Interplanetarias, carraspeó como si fuese a hacer un importante anuncio, y pregunto con lo que parecía ser una gravedad mortal:

- ¿Y cómo está el muchacho?

Una sonrisa estalló en el rostro de Webster.

- Iré a pasar el fin de semana a casa - dijo - Le llevo un juguete. - Se inclinó hacia adelante alzó el tubito del escritorio -. Un juguete antiguo. De antigüedad garantizada. Una compañía acaba de lanzarlos al mercado. Se mira dentro de él, se lo hace girar y se ven unas bonitas figuras. Vidrios de colores que cambian de posición. Se llama...

- Calidoscopio - dijo rápidamente un periodista -. He leído algo acerca de eso. En una vieja historia sobre los usos y costumbres de comienzos del siglo veinte.

- ¿Lo ha probado usted, señor secretario? - preguntó Andrews.

- No - dijo Webster -. Para decir la verdad, no lo he hecho. Lo he comprado esta tarde y he estado demasiado ocupado.

- ¿Dónde lo consiguió, señor secretario? - preguntó una voz -. Quiero llevarle uno a mi chico.

- En la tienda de la esquina. La juguetería. Los recibieron hoy.

Ahora, se dijo Webster, había llegado el momento de que se fueran. Un poco de charla amable y se levantarían para irse.

Pero no se irían. Webster sabía que no. Lo supo al oír un susurro repentino y el crujido de unos papeles.

Y en seguida Stephen Andrews hizo la pregunta que Webster estaba temiendo. Durante un instante Webster se alegró de que fuese Andrews el que preguntaba.

Andrews había sido siempre un hombre amable, generalmente hablando, y Noticias Interplanetarias daba una información objetiva, sin esas disimuladas tergiversaciones a que eran aficionados algunos periodistas.

- Señor secretario - dijo Andrews -, nos han dicho que un hombre que fue convertido en Júpiter ha vuelto a la Tierra. Queremos preguntarle si la noticia es cierta.

- Es cierta - dijo Webster tiesamente.

Los periodistas esperaban, y Webster esperaba, inmóvil.

- ¿Desea hacer algún comentario? - preguntó Andrews al fin.

- No - dijo Webster.

Recorrió con la vista la habitación, examinando las caras. Eran caras en tensión, que adivinaban en parte la verdad detrás de su clara negativa a discutir el asunto. Caras divertidas que ya estaban pensando cómo podrían alterar las pocas palabras que había dicho. Caras de enojo de hombres que escribirían ultrajados comentarios acerca del derecho de información.

- Lo siento, caballeros - dijo.

Andrews se incorporó lentamente.

- Gracias, señor secretario.

Webster se sentó y los miró irse, y cuando se quedó solo sintió la frialdad y el vacío de la sala.

Me crucificarán, pensó. Me colgarán en la plaza pública y nadie podrá salvarme. Nadie.

Se levantó, cruzó la habitación, se asomó a la ventana y miró el jardín a la luz de la tarde.

¡El paraíso! ¡El cielo al alcance de todos! ¡Y el fin de la humanidad! El fin de todos los ideales y sueños humanos, el fin de la raza misma.

Una luz verde brilló y chispeó sobre el escritorio y Webster volvió a cruzar el cuarto.

- ¿Qué pasa? - preguntó.

La pantalla se encendió y apareció una cara.

- Los perros acaban de informar, señor, que Joe, el mutante, fue a su casa y Jenkins lo dejó entrar.

- ¡Joe! ¿Estás seguro?

- Eso dijeron los perros. Y los perros nunca se equivocan.

La cara desapareció y Webster se sentó pesadamente.

Buscó con dedos entumecidos en el panel, y movió una llave.

La casa se alzó en la pantalla, la casa erigida en lo alto de la colina barrida por el viento. Un edificio que tenía casi mil años. Un sitio donde varias generaciones de Websters habían vivido, y soñado, y muerto.

Todo estaba bien, o así parecía. La casa dormitaba a la luz de la mañana, y en el jardín se alzaba la estatua de aquel lejano antepasado que había desaparecido camino de las estrellas. Allen Webster, el primero en salir del sistema solar, en viaje hacia Centauri. La expedición ahora en Marte partiría dentro de un día o dos.

Nada se movía en la casa, nada parecía moverse.

Webster extendió una mano y tocó la llavecita. La pantalla se apagó.

Jenkins es hábil, pensó Webster. Quizá más hábil que un hombre. Al fin y al cabo ha almacenado en su coraza metálica mil años de sabiduría. No tardará en llamar y me lo dirá todo.

Volvió a alargar la mano, y movió la llave.

Esperó varios segundos antes que la cara apareciese en la pantalla.

- ¿Que pasa, Tyler? - preguntó la cara.

- Acaban de informarme que Joe...

John Culver hizo un signo afirmativo.

- A mi también. Estoy investigando.

- ¿Cuál es su opinión?

En el rostro del jefe de Seguridad Mundial apareció una mueca estrambótica.

- Se están, ablandando quizá. Hemos sometido a Joe y los otros mutantes a una presión bastante dura. Los perros han hecho un trabajo magnífico.

- Pero no había nada que hiciese esperar esto - protestó Webster -. Nada permitía prever este cambio.

- Escuche - dijo Culver -. En los últimos cien años no han hecho nada que nosotros no hayamos sabido. En nuestros archivos está todo, en blanco y negro. Hemos interceptado todos sus movimientos. Al principio pudieron creer que era mala suerte, pero hoy ya no. Quizá han terminado por comprender y han decidido aceptar la derrota.

- No estoy seguro - dijo Webster, solemnemente -. Será mejor que usted no se descuide.

- Estaré atento - dijo Culver -. Y lo tendré al tanto.

La pantalla se apagó transformándose en un cuadrado de vidrio. Webster se quedó mirándolo, pensativamente.

Los mutantes no estaban derrotados, de ningún modo. Él lo sabía, y Culver también. Y sin embargo...

¿Por qué Joe se había dirigido a Jenkins? ¿Por qué no se había comunicado con el gobierno, aquí en Ginebra? Para esconder la cara, quizá. Por eso había tratado con un robot. Al fin y al cabo Joe conocía a Jenkins desde hacía muchísimo tiempo.

De pronto, Webster sintió una oleada de orgullo. Orgullo de que fuera así. De que Joe buscase a Jenkins. Pues Jenkins, a pesar de su coraza metálica, era también un Webster.

Orgullo, pensó Webster. Éxitos y errores. Pero siempre algo de valor. Todos, a lo largo de los años. Jenkins que hizo perder al mundo la filosofía de Juwain. Y Thomas, que había dado al mundo el principio de la nave interestelar, principio que acababa de ser perfeccionado. Y el hijo de Thomas, Allen, que había tratado de ir a las estrellas, sin éxito. Y Bruce, que había concebido las civilizaciones gemelas del perro y el hombre. Y ahora, finalmente, él mismo, Tyler Webster, secretario del Comité Mundial.

Se sentó al escritorio, juntó las manos, y miró la luz de la tarde que entraba por la ventana.

Esperaba, reconoció. Esperaba la señal que diría que Jenkins estaba llamando para hablarle de Joe. A no ser que...

A no ser que pudiera llegarse a un entendimiento. Si por lo menos hombres y mutantes pudiesen trabajar juntos. Si pudiesen olvidar por lo menos esta guerra fratricida. Podrían ir muy lejos, los tres unidos: hombres, perros, y mutantes.

Webster sacudió la cabeza. Era mucho esperar. La diferencia era excesiva. Las sospechas del hombre y la divertida tolerancia de los mutantes los mantendría apartados. Pues los mutantes eran otra raza, un vástago que había ido demasiado lejos. Hombres que se habían transformado en verdaderos individuos, que no necesitaban de la vida social, de la aprobación de los hombres, que carecían de ese instinto de rebaño que había unido a la raza.

Y a causa de los mutantes humanos el grupito de perros mutantes había sido hasta ahora de escaso valor para sus viejos hermanos, los hombres. Pues los perros, durante este último siglo, no habían hecho más que vigilar a los mutantes, se habían convertido en una fuerza policial.

Webster echó hacia atrás la silla, abrió un cajón del escritorio, y sacó unos papeles.

Sin quitar la vista de la pantalla del televisor, golpeó con un dedo una llave y llamó a su secretaria.

- Sí, señor Webster.

- Voy a llamar al señor Fowler - dijo Webster -. Si recibo otro llamado...

La voz de la secretaria tembló levemente.

- Sí, señor. En ese caso me pondré en contacto con usted.

- Gracias - dijo Webster.

Volvió a golpear la llave.

Ya lo saben, pensó. Todos en este edificio están ansiosos, esperando las noticias.

Kent Fowler estaba echado en una silla, en el jardín de su cuarto, observando el pequeño terrier que cavaba furiosamente persiguiendo a un presunto conejo.

- Vamos, Rover - dijo Fowler -. No trates de engañarme.

El perro dejó de cavar, miró por encima del hombro con una amplia sonrisa, y ladró excitado. Luego volvió a cavar.



- Te vas a equivocar un día de estos - le dijo Fowler -, y dirás una palabra o dos, y ya te arreglaré entonces.

Zorrito del diablo, pensó Fowler. Más listo que una avispa. Webster lo ha azuzado contra mí, y él ha interpretado muy bien su papel. Busca conejos, no respeta los árboles, y se rasca las pulgas. La imagen perfecta de un perro perfecto. Pero no me engaña. Ninguno de ellos me engaña.

Se oyó una pisada en el césped y Fowler alzó la vista.

- Buenas tardes - dijo Tyler Webster.

- Me he estado preguntando cuándo vendría - dijo Fowler, cortante -. Siéntese y dígamelo rápido. No me cree, ¿no es así?

Webster se instaló en la segunda silla y puso sobre sus piernas los papeles que traía en la mano.

- No puedo entender cómo se siente - dijo.

- No creo que pueda - comentó Fowler -. Vine con noticias que me parecían muy importantes. Ignora usted el precio de ese informe. - Se inclinó hacia adelante - ¿No comprende que cada hora que paso como ser humano es una tortura mental?

- Lo siento - dijo Webster -. Pero tenemos que estar seguros. Tenemos que examinar su informe.

- ¿Y hacer ciertas pruebas?

Webster hizo un signo afirmativo.

- ¿Como Rover, aquí presente?

- No se llama Rover - dijo Webster con suavidad -. Si ha estado llamándolo así, lo ha ofendido. Todos los perros tienen nombres humanos. El de éste es Elmer.

Elmer había dejado de cavar y venía hacia ellos. Se sentó junto a la silla de Webster y se pasó por los sucios bigotes una pata cubierta de barro.

- ¿Qué hay de nuevo, amigo Elmer? - preguntó Webster.

- Es un ser humano, sí - dijo el perro -; pero no humano del todo. Tampoco un mutante. Otra cosa.

- Era de esperar - dijo Fowler -. He sido un Joviano cinco años.

Webster movió afirmativamente la cabeza.

- Ha retenido usted parte de su personalidad anterior. Es comprensible. Y el perro lo siente. Son muy sensibles a esas cosas. Psíquicos, acaso. Por eso vigilan a los mutantes. Pueden olfatearlos no importa donde estén.

- ¿Me cree entonces?

Los papeles crujieron en las rodillas de Webster y éste los alisó con cuidado.

- Temo que sí.

- ¿Por qué lo teme?

- Porque - dijo Webster - es usted la mayor amenaza que haya tenido hasta hoy la humanidad..

- ¡Amenaza! ¿Pero no entiende? Le estoy ofreciendo... le estoy ofreciendo...

- Sí, ya sé - dijo Webster -, el paraíso.

- ¿Y tiene miedo de eso?

- Terror - dijo Webster -. Trate sólo de imaginar qué ocurriría si se lo dijéramos a la gente y la gente lo creyera. Todos querrían ir a Júpiter y convertirse en Jovianos. El solo hecho de que los Jovianos vivan miles de años bastaría. Y aún hay otras razas.

»Todos nos pedirían que los enviásemos en seguida a Júpiter. Nadie querría ser hombre. Y al fin no habría hombres. Todos serían Jovianos. ¿Ha pensado en eso?

Fowler se pasó nerviosamente la lengua por los labios.

- Claro que sí. Lo esperaba.

- La raza humana desaparecería - dijo Webster, con lentitud -. Desaparecería del todo. El progreso alcanzado después de miles de años no tendría sentido. Y ocurriría eso en el umbral de nuestras mejores posibilidades.

- Pero usted no sabe - protestó Fowler -. No puede saber. Nunca ha sido un Joviano. Yo sí. - Se golpeó el pecho -. Sé lo que es.

Webster sacudió la cabeza.

- No lo discuto. Estoy dispuesto a reconocer que es mejor ser Joviano que hombre. Pero no admito que eso justifique la muerte de la raza humana, que debamos cambiar lo que hemos hecho y deseado por lo que ellos son. La raza humana tiene grandes destinos. Quizá no tan agradables ni tan brillantes como el de sus Jovianos. Pero creo que a la larga iremos más lejos. Tenemos una herencia racial que defender, y un destino racial que no podemos olvidar.

Fowler se inclinó hacia adelante.

- Escúcheme - dijo -. He sido honesto. He venido directamente aquí, al Comité Mundial. Pude haberlo dicho a la prensa y la radio, y obligarlos a ustedes a tomar una decisión. Pero no lo hice.

- Quiere decirme - sugirió Webster - que el Comité Mundial no tiene el derecho de decidir. Sugiere usted que el pueblo debe dar su opinión.

Fowler, con los labios muy apretados, hizo un signo afirmativo.

- Francamente - dijo Webster -. No creo en el pueblo. Obtendría usted reacciones de rebaño. Respuestas egoístas. No pensarán en la raza, sino en sí mismos.

- ¿Me está usted diciendo que tengo razón - preguntó Fowler - pero que nada puedo hacer?

- No exactamente. Tenemos que arreglarlo de algún modo. Quizá Júpiter pueda ser una especie de asilo de ancianos. Cuando un hombre ha vivido una existencia útil...

Fowler lanzó un bufido.

- Un premio - dijo -. Como llevar un caballo viejo al campo. El paraíso como concesión especial.

- De ese modo - apuntó Webster - salvaríamos la raza humana y no perderíamos a Júpiter.

Fowler se puso de pie, con rapidez y brusquedad.

- Estoy harto de esto - gritó. - Le he traído a usted algo que quería saber. Algo en que se han gastado billones de dólares, y centenares de vidas. Instaló usted en Júpiter docenas de estaciones de conversión y de allí salieron docenas de hombres que no regresaron y usted pensó que habían muerto, y sin embargo envió a otros. Y ninguno regresó, porque no querían regresar, porque no soportaban la idea de volver a ser hombres. Yo regresé, ¿y de qué me ha servido? Mucha charla elevada, muchas

averiguaciones, muchas dudas y preguntas. Luego, al fin, dicen que tengo razón, pero que he cometido el error de volver. - Dejó caer los brazos y echó los hombros hacia adelante. - Soy libre, supongo. No tengo por qué quedarme aquí.

Webster movió afirmativamente y con lentitud la cabeza.

- Claro que es libre. Siempre lo ha sido. Sólo le pedí que se quedara para examinarlo.

- ¿Puedo volver a Júpiter?

- En vista de la situación - dijo Webster - sería una buena idea.

- Me sorprende que no me lo haya sugerido usted - dijo Fowler amargamente -. Sería una solución. Podrían archivar el informe, olvidarlo, y seguir dirigiendo el sistema solar, como niños que juegan en el piso de la sala. Su familia ha estado cometiendo error tras error, durante siglos, y la gente permitió que volviese otro de ustedes a seguir equivocándose. Un antepasado suyo privó al mundo de la filosofía de Juwain, y otro bloqueó los esfuerzos de los hombres para cooperar con los mutantes...

Webster lo interrumpió bruscamente.

- ¡No meta a mi familia en esto, Fowler! Se trata de algo más importante que...

Pero Fowler gritaba ahora cubriendo las palabras del secretario.

- Y no voy a permitir que lo estropee. El mundo ya ha tenido bastante de ustedes, los Webster. Hay que cambiar eso. Voy a hablarles a las gentes de Júpiter. Hablaré a la prensa y la radio. Lo gritaré desde los techos de las casas...

Se le quebró la voz y le temblaron los hombros.

Webster habló fríamente, con una ira repentina.

- Lucharé contra usted, Fowler. Lo golpearé de veras. No puedo permitir que haga una cosa semejante.

Fowler había dado media vuelta y se dirigía ya hacia la puerta del jardín.

Webster, helado en su silla, sintió la pata que le rascaba la pierna.

- ¿Lo alcanzo, amo? - preguntó Elmer -. ¿Voy y lo alcanzo?

Webster sacudió la cabeza.

- Déjalo ir - dijo -. Tiene tanto derecho como yo a hacer lo que quiera.

Un viento frío atravesó el cercado del jardín y movió la capa con que Webster se cubría los hombros.

Unas palabras le resonaban en la cabeza. Palabras que habían sido dichas aquí, en el jardín, pocos segundos antes, pero palabras que venían de siglos atrás. Un antepasado suyo privó al mundo de la filosofía de Juwain. Un antepasado suyo...

Webster apretó los puños hasta que las uñas se le clavaron en las palmas.

Un mal de ojo, pensó. Eso somos. Un mal de ojo para la humanidad. La filosofía de Juwain. Y los mutantes. Pero los mutantes han tenido esa filosofía, durante siglos, y no la han utilizado.

Quizá, pensó Webster, tratando de consolarse a sí mismo, esa filosofía no era importante. Si lo fuese, los mutantes la hubiesen utilizado. O quizá, sólo quizá, los mutantes han estado alardeando sin motivo. Quizá no saben más de esa filosofía que nosotros.

Una voz metálica carraspeo suavemente y Webster alzó la vista. Un pequeño robot gris se habla detenido en la puerta.

- El llamado, señor - dijo el robot -. El llamado que usted esperaba.

La cara de Jenkins apareció en la pantalla, una cara vieja, fea, y pasada de moda. No esa cara lisa y animada de los últimos robots.

- Lamento molestarle, señor - dijo Jenkins -, pero se trata de algo insólito. Joe vino aquí y me pidió el televisor para llamarlo a usted. No me quiso decir qué quería, señor. Dijo que era sólo una charla con un viejo vecino.

- Llámalo - dijo Webster.

- Algo insólito, señor - persistió Jenkins -. Vino, se sentó, y charló conmigo durante una hora o dos antes de hablarme del televisor. Le diré, señor, si me lo permite, que todo esto es muy raro.

- Ya sé - dijo Webster -. Joe tiene muchas cosas raras.

La cara de Jenkins desapareció de la pantalla y apareció otra cara: la de Joe, el mutante. Era una cara dura, de piel arrugada y correosa, y ojos parpadeantes de color gris azulado. En las sienes aparecían las primeras canas.

- Jenkins no me tiene confianza, Tyler - dijo Joe, y Webster sintió que la risa que acechaba detrás de las palabras le erizaba la piel.

- En cuanto a eso - replicó secamente, yo tampoco.

Joe chasqueó la lengua.

- Pero cómo, Tyler. Nunca lo hemos molestado. Ni un solo minuto. Ninguno de nosotros. Nos ha vigilado usted, y se ha preocupado por nosotros, pero nunca le causamos dificultades. Nos hizo espiar por tantos perros que tropezábamos con ellos cada vez que nos dábamos vuelta, y organizó archivos para clasificarnos, y nos estudió y habló hasta aburrirse.

- Los conocemos a ustedes - dijo Webster, torvamente. - Sabemos acerca de ustedes más que ustedes mismos. Sabemos cuántos son, y los conocemos personalmente a todos. ¿Quiere saber qué hacía alguno de ustedes en cualquier momento de estos últimos cien años? Pregúntemelo a mí.

Un trozo de manteca no se hubiese derretido en la boca de Joe.

- Y durante todo ese tiempo - dijo - hemos estado pensando amistosamente en ustedes. Pensando en cómo podríamos ayudarlos.

- ¿Y por qué no lo hicieron? - estalló Webster -. Al principio estábamos dispuestos a trabajar con ustedes. Aun después que usted le robara a Grant la filosofía de Juwain...

- ¿Robar? - preguntó Joe -. Creo, Tyler, que le han informado mal. Me la llevé para corregirla. En su estado original era inservible.

- Y eso se le ocurrió seguramente tan pronto como puso las manos en ella - dijo Webster, inexpresivo -. ¿Qué estaba esperando? Si nos la hubieran ofrecido, hubiésemos comprendido en seguida que estaban ustedes con nosotros, y hubiésemos cooperado con ustedes. Hubiésemos retirado los perros, aceptándolos a ustedes.

- Es gracioso - dijo Joe -. Nunca pareció preocuparnos que nos aceptasen o no.

Y volvió a oírse aquella risa, la risa de un hombre que se bastaba a sí mismo, para quien los esfuerzos de la comunidad humana eran una broma increíble. Un hombre que andaba voluntariamente solo, que veía en la raza humana algo divertido, quizá un poco peligroso, y más divertido aún porque era peligroso. Un hombre que no necesitaba la hermandad de los hombres, que rechazaba toda hermandad como algo gracioso, patético, similar a las sociedades de fomento del siglo veinte.

- Muy bien - dijo Webster con un tono cortante -. Tenía la esperanza de que nos

ofreciese usted alguna especie de pacto, la posibilidad de una conciliación. No nos gustan las cosas tal como están. Al contrario, nos gustaría que cambiaran. Pero depende de ustedes.

- Vamos, Tyler - protestó Joe - no pierda los estribos. Creía que le gustaría conocer la filosofía de Juwain. Quizá lo haya olvidado, pero hubo un tiempo en que todo el sistema solar vivía pendiente de ella.

- Muy bien - dijo Webster - explíquemela.

El tono de su voz parecía decir que sabía que Joe no iba a hacerlo.

- Esencialmente - dijo Joe - ustedes los humanos viven solos. Nunca conocen a sus semejantes. No pueden conocerlos; carecen de puntos comunes. Cultivan amistades, pero basadas en simples emociones, nunca en una comprensión real. Persiguen fines similares, es cierto. Pero más por tolerancia que por afinidad. Abordan los problemas de mutuo acuerdo; un acuerdo aparente que es sólo el triunfo de los más fuertes sobre la oposición de los más débiles.

- ¿Y qué se pierde con eso?

- Pero, cómo. Todo - dijo Joe -. Con la filosofía de Juwain podrían entenderse.

- ¿Telepatía? - preguntó Webster.

- No exactamente - dijo Joe -. Nosotros, los mutantes, conocemos la telepatía. Esto es algo distinto. La filosofía de Juwain hace posible ponerse en el punto de vista de otro. No sólo se sabe de qué está hablando el otro, sino también qué siente. En la filosofía de Juwain se acepta la validez de las ideas ajenas. No sólo las palabras, sino el pensamiento que esconden esas mismas palabras.

- ¿Semántica? - dijo Webster.

- Si le gusta a usted el término - dijo Joe. - Pero no sólo se entiende el significado intrínseco, sino también el implícito. Casi telepatía, pero no del todo. Algo casi mejor.

- Joe, ¿qué asimilaron ustedes de todo eso? ¿Qué...?

Volvió a oírse aquella risa.

- Pruébelo un poco, Tyler. Piense cuanto necesita esto. Luego quizá podamos hablar como mercaderes.

Joe hizo un signo afirmativo.

- Un señuelo también, imagino - continuó Webster.
- Un par de ellos - dijo Joe -. Cuando lo descubra, hablaremos de eso, también.
- ¿Qué pedirán ustedes?
- Muchas cosas - dijo Joe -. Pero quizá valga la pena.

La pantalla se apagó y Webster se quedó mirándola sin ver. ¿Un señuelo? Claro que sí. Un señuelo evidente.

Webster apretó los ojos y sintió la sangre que le golpeaba el cerebro.

¿Qué se había atribuido a la filosofía de Juwain en aquellos lejanos días? Que haría adelantar a la humanidad cien mil años en el espacio de dos generaciones. Algo parecido.

Quizá se la había sobreestimado un poco. Una pequeña exageración, pero justificada. Nada más.

Los hombres se entenderían, aceptarían todas las ideas. Todos verían el sentido oculto detrás de las palabras. Verían las cosas como las veían los demás, y aceptarían los conceptos ajenos como propios. Harían suyos esos conceptos y podrían aplicarlos al problema más inmediato. No más incompreensión, prejuicios, engaños, tergiversaciones, sino una aprehensión completa de distintos ángulos del problema. Podría aplicarse a todo, a cualquier tipo de conducta humana. A la sociología, la psicología, la ingeniería: todas las facetas de la civilización. No más discusiones, no más peleas, sino una apreciación sincera y honesta de ideas y hechos.

¿Cien mil años en dos generaciones? Quizá no tanto.

¿Un señuelo? ¿Querían realmente los mutantes hacer partícipes a los hombres de esa filosofía? ¿Por cualquier precio? Quizá un cebo que bailaba ante los ojos de los hombres mientras los mutantes, escondidos, se retorcían de risa.

Los mutantes no habían recurrido a eso. Naturalmente, pues no lo necesitaban. La telepatía bastaba para sus propósitos. Seres individualistas no tenían por qué servirse de algo para entenderse, pues no les interesaba entenderse o no. Si se agrupaban y toleraban ciertos contactos era sólo para salvaguardar sus intereses. Pero nada más. Trabajaban juntos para conservar el pellejo, pero no encontraban en eso ningún placer.

¿Una oferta honesta? ¿Un cebo, un reclamo para atraer la atención del hombre hacia



determinado lugar mientras en otro se preparaba una trampa? ¿Una simple broma? ¿O un regalo envenenado?

Webster sacudió la cabeza. No era posible saberlo. No había cómo entender la conducta de un mutante.

Caía la noche y una luz suave bañaba las paredes y techos del estudio. Y la luz automática y oculta crecía a medida que aumentaba la oscuridad exterior. Webster lanzó una ojeada por la ventana, un cuadrilátero de oscuridad, matizado por los pocos anuncios que brillaban y chispeaban en el cielo. Webster se incorporó, movió una llave y habló con la secretaria.

- Siento haberla retenido. Perdí la noción de la hora.

- No es nada, señor - dijo la mujer -. Hay alguien aquí que quiere verlo. El señor Fowler.

- ¿Fowler?

- Sí, el señor de Júpiter.

- Ya sé - dijo Webster, cansadamente -. Hágallo entrar.

Casi había olvidado a Fowler y sus amenazas.

Miró distraídamente el escritorio, y vio el calidoscopio. Un curioso juguete, pensó. Bonita idea. Algo simple para las mentes simples de antes. Pero el chico enloquecerá de alegría.

Alargó una mano. Alzó el calidoscopio y se lo llevó a un ojo. La luz dibujaba unas figuras de curiosos colores, una pesadilla geométrica. Hizo girar el tubo y la figura cambió. Y otra vez...

Sintió de pronto que algo le apretaba el cerebro, y el color de las figuras ardió en el interior de su angustiosa cabeza como una tortura.

El tubo cayó ruidosamente sobre el escritorio. Webster se tomó con ambas manos del borde del mueble y se incorporó con lentitud.

Y en su mente nació una idea horrible. ¡Qué juguete para un chico!

La molestia se desvaneció y Webster volvió a sentarse, rígidamente, respirando otra vez con regularidad.

Qué raro, pensó. Qué raro que cause un efecto semejante. ¿O pudo haber sido otra cosa y no el calidoscopio? Un malestar físico. Algo del corazón quizá.

Se abrió la puerta, y Webster alzó la vista.

Fowler cruzó lentamente la habitación y se detuvo ante el escritorio.

- ¿Sí, Fowler?

- Me enojé - dijo Fowler -, y no quería hacerlo. Usted debió haber entendido, pero no entendió. Me sentí trastornado, compréndame. Llegué a Júpiter, sintiendo que todos los años pasados en las cúpulas estaban al fin justificados, que toda la angustia que había sentido al ver salir a los hombres, estaba pagada. Traía noticias, entiéndalo, noticias que el mundo aguardaba con ansiedad. Yo creía que no podía haber nada más maravilloso. Pensé que la gente se daría cuenta. Era como si les estuviese diciendo que el Paraíso estaba del otro lado de la calle. Pues se trata de eso, Webster. - Fowler apoyó las manos abiertas en el escritorio y se inclinó hacia adelante, murmurando -: Usted entiende, ¿no es cierto, Webster? Usted entiende un poco.

A Webster le temblaban las manos y las dejó caer en las rodillas, apretándolas hasta dolerle los dedos.

- Sí - susurró. Sí, creo entender.

Pues entendía.

Entendía más allá de las palabras. Sabía de la angustia, y los anhelos, y el amargo desengaño que había detrás de las palabras. Era como si él mismo hubiese dicho esas palabras. Casi como si él fuese Fowler.

La voz de Fowler estalló alarmada:

- ¿Qué pasa, Webster? ¿Qué ocurre?

Webster trató de hablar y las palabras tenían la sequedad del polvo. La garganta se le hizo un nudo de dolor.

Trató de hablar otra vez y las palabras surgieron débilmente y forzadas.

- Dígame, Fowler. Aprendió muchas cosas allá. Cosas que los hombres conocen de un modo imperfecto. Como telepatía, quizá, o...

- Sí - dijo Fowler -, muchas cosas. Pero no las traje conmigo. Cuando volví a ser hombre, fui sólo eso. Un hombre. Nada me quedó. Sólo unos recuerdos borrosos y...

bueno, podría decirse una nostalgia.

- ¿Quiere decir que carece de las habilidades de los Jovianos?

- Exactamente.

- No puede entonces hacerme entender algo que quiere que yo entienda. Hacerme sentir como usted se sentía.

- No, no puedo - dijo Fowler.

Webster alargó una mano, y empujó suavemente el calidoscopio con un dedo. El tubo rodó sobre el escritorio y se detuvo.

- ¿Por qué ha vuelto? - preguntó Webster.

- Para reconciliarme con usted - dijo Fowler -. Para decirle que no estaba enojado realmente. Se trataba sólo de una diferencia de opinión, eso es todo. Pensé que por lo menos nos despediríamos dándonos la mano.

- Ya veo. ¿Y está aún decidido a hablarle a la gente?

Fowler movió afirmativamente la cabeza.

- Es necesario, Webster. Usted debía entenderlo. Es para mí... como una religión. Algo en que creo. Tengo que decirles a todos que hay un mundo y una vida mejores. Tengo que mostrarles el camino.

- Un Mesías - dijo Webster. Fowler se endureció.

- Me temía eso. Burlarse no...

- No me burlaba - dijo Webster, casi con gentileza.

Recogió el calidoscopio y frotó el tubo con la palma de la mano, reflexionando. No todavía, pensó. No todavía. ¿Querré que me entienda tan bien como lo entiendo a él?

- Escúcheme, Fowler - dijo -. Deje pasar un día o dos. Luego hablaremos.

- Ya esperé demasiado.

- Pero quiero que piense en esto: Hace un millón de años apareció el hombre, un simple animal. Desde entonces ha ascendido escalón por escalón. Poco a poco, trabajosamente, desarrolló sus costumbres, una técnica, una filosofía. Ascendió en

progresión geométrica. Hoy es más que ayer. Mañana será más que hoy. Por primera vez en la historia humana el hombre comienza realmente a acertar. Acaba de iniciar el camino. Adelantará mucho más en el futuro próximo que en todo pasado.

»Quizá nuestra vida tenga poco valor comparada con la de Júpiter. Pero es la vida del hombre. Es su lucha. Es lo que ha hecho de sí mismo. Es el destino que ha forjado.

»Odio pensar, Fowler, que ahora que estamos bien encaminados vayamos a cambiar nuestro destino por uno que no conocemos, y del que no podemos estar seguros.

- Esperaré - dijo Fowler -. Sólo uno o dos días. Pero se lo advierto. No cambiaré de parecer.

- No le pido más que eso - dijo Webster. Se incorporó y extendió una mano -. ¿Amigos?

Pero mientras estrechaba aún la mano de Fowler, Webster supo ya que todo sería inútil. Con o sin la filosofía de Juwain, la humanidad iba a ajustarse las cuentas. Y sería peor, quizá, a causa de esa filosofía. Pues los mutantes no hacían inversiones vanas. Si esto era una broma, si esto era un modo de librarse de los hombres, no descuidarían ningún detalle. A la mañana siguiente hombres, mujeres y niños habrían mirado un calidoscopio. O alguna otra cosa. Nadie podía saber qué.

Observó a Fowler hasta que éste cerró la puerta. Luego cruzó la habitación y miró por la ventana. En el cielo brillaba un anuncio nuevo, que nunca había estado allí. Un anuncio muy raro que lanzaba figuras de colores a la noche. Figuras que aparecían y desaparecían como si alguien hiciese girar un calidoscopio.

Webster lo miró con los labios apretados.

Debía haberlo supuesto.

Pensó en Joe con una furia creciente. Aquel llamado había sido como un chisme susurrado al oído, un ademán cómplice para hacerle saber al hombre de qué se trataba, para hacerle saber que la Meta era inaccesible, y que nada se podía hacer.

Debimos haberlos matado a todos, pensó Webster, y se sorprendió ante la calma fría de su pensamiento. Debimos librarnos de ellos como de una enfermedad peligrosa.

Pero el hombre había olvidado la violencia. Durante los últimos ciento veinticinco años nadie había luchado violentamente contra nadie.

Cuando Joe me llamó, la filosofía de Juwain estaba ahí, en el escritorio. Sólo tenía que extender la mano para tocarla, pensó Webster.

Se endureció al comprenderlo. Sólo tenía que extender la mano. ¡Y eso es lo que habla hecho, justamente!

Algo más que telepatía, más que adivinación. Joe sabía que tomaría el calidoscopio. Tenía que haberlo sabido. Precognición... la capacidad de ver el futuro. Sólo una hora o dos, quizás, pero eso bastaba.

Joe, y los otros mutantes, por supuesto, habían sabido de Fowler. Con las sondas de sus mentes telepáticas podían enterarse de cualquier cosa. Pero esto era algo distinto.

Miró, a través de los vidrios, el anuncio luminoso. Miles de personas, lo sabía, estaban mirándolo. Mirándolo, y sintiendo ese impacto súbito y enfermizo.

Webster frunció el ceño, preguntándose de qué modo absorberían los hombres aquellas figuras. Un choque psicológico contra ciertos centros cerebrales, quizá. Un sector del cerebro que no había sido hasta ahora utilizado, y que en su debido momento, en el curso de la evolución humana, debería entrar naturalmente en funciones. Una función que ahora aparecía artificialmente.

La filosofía de Juwain, ¡al fin! Algo que los hombres habían deseado durante siglos, y que ahora al fin se revelaba. Llegaba a las manos del hombre en el momento más inoportuno.

Fowler había escrito en su informe: «No puedo decirlo todo, pues no hay palabras para ciertas cosas». Todavía carecía de esas palabras, naturalmente, pero tenía algo mejor; un auditorio capaz de entender la verdad y la grandeza ocultas detrás de las palabras. Un auditorio capaz de entender algo de lo que Fowler quería decir.

Joe lo había planeado todo. Había esperado este momento. En sus manos la filosofía de Juwain había sido un arma contra la humanidad.

Pues con la ayuda de la filosofía de Juwain, el hombre iría a Júpiter. Contra toda la lógica del mundo, iría a Júpiter. Para mejor o peor, iría a Júpiter.

La única posibilidad de triunfo había sido la incapacidad de Fowler de describir lo que había visto, decir lo que había sentido, comunicar a sus semejantes lo que pensaba. Con el simple lenguaje humano el mensaje de Fowler hubiera sido algo vago y borroso. Las gentes lo hubiesen aceptado, quizá, en un principio, pero luego, sacudidas en su fe, hubiesen atendido a otros argumentos.

Pero ahora esa posibilidad ya no existía, pues las palabras ya no eran vagas y borrosas. La gente sabría, con tanta claridad como Fowler, cómo era Júpiter.

La gente iría a Júpiter, iniciaría otra vida.

Y el sistema solar, todo el sistema solar, con excepción de Júpiter, quedaría a merced de los mutantes, que podrían desarrollar cualquier clase de cultura... una cultura muy alejada de las normas humanas.

Webster se apartó bruscamente de la ventana, y volvió al escritorio. Abrió un cajón, buscó en su interior, y sacó algo que nunca había soñado usar... una reliquia, una pieza de museo que había guardado años antes.

Con un pañuelo frotó el metal del arma, y probó el mecanismo con dedos temblorosos.

Fowler era la clave. Si Fowler moría...

Si Fowler moría y se cerraban las estaciones de Júpiter, los mutantes serían derrotados. Los hombres retendrían la filosofía de Juwain, y su destino. La expedición a Centauri partiría a las estrellas. Los experimentos biológicos continuarían en Plutón. El hombre seguiría la ruta que se había trazado a sí mismo.

Más rápido que nunca. Con una rapidez inimaginable.

Dos fuerzas. La renuncia a la violencia. La comprensión que nacía de la filosofía de Juwain...

Dos fuerzas que acelerarían la marcha del hombre, cualquiera fuese la meta.

La renuncia a la violencia y...

Webster miró el arma que tenía en la mano y oyó algo así como un viento que rugía en su cabeza.

Dos grandes fuerzas. Y ya había decidido acabar con la primera.

Durante ciento veinticinco años ningún hombre había matado a otro. Durante mil años el asesinato no había sido factor determinante de los asuntos humanos.

Mil años de paz y una sola muerte lo destrozaría todo. Un tiro en la noche derribaría la estructura, haría retroceder al hombre a su pasado animal.

Webster mató, ¿por qué no hacer lo mismo? Al fin y al cabo hay hombres a los que habría que matar. Webster hizo lo que debía, pero no hay por qué detenerse. ¿Van a colgarlo? Deberían darle una medalla. Comencemos con los mutantes. Si no hubiese sido por ellos...

Así hablarían los hombres.

Eso, pensó Webster, es el viento que ruge en mi cabeza.

El resplandor del anuncio de raros colores se reflejaba fantásticamente en el techo y las paredes.

Fowler lo está viendo, pensó Webster. Lo está viendo, y si no, aún tengo el calidoscopio.

Lo invitaré y nos pondremos a charlar. Hablaremos.

Volvió a guardar el arma en el escritorio, y fue hacia la puerta.